



TEMAS 85-86

cultura ideología sociedad

90 min La ciudad ¿es cultura? >

- BRUKOS EN LA TIERRA
- Ciudadanos,** [Mostrar datos](#)
Computes · 7.8 millones
★★★★☆ 27 revisiones
 - Poder,** [Mostrar datos](#)
Computes · 12 mil
★★★★☆ 1 revisiones
 - Religión,** [Mostrar datos](#)
Computes · 4.000 millones
★★★★☆ 346 revisiones
 - Guerra civil** [Mostrar datos](#)
Computes · 1.000 millones
★★★★☆ 700 revisiones

SUMARIO

TEMAS

cultura ideología sociedad

85-86

enero-junio 2016

ENFOQUE

Ciudades y vida cultural

Cambios culturales y ciudad moderna: tres casos / 4
Jorge Francisco Liernur

Participación y consumo cultural en Cuba.
Una mirada desde sus ciudades / 13
Pedro Emilio Moras Puig y Yisel Rivero Baxter

Desarrollo y desarrollo cultural.
Condicionamientos recíprocos / 21
Tania García Lorenzo

Nuevos modelos de gestión cultural en Cuba / 30
Darsi Fernández Maceira

Una ciudad encuentra su identidad / 35
Guillermo Osorno y María José Mancera

Las debilidades de la industria cultural
del Ecuador y del Quito moderno / 43
José Antonio Figueroa

Centro Cultural Latinoamericano de Vancouver:
un ejemplo de emergencia social / 51
Carmen Rodríguez

Back from the future.
Memoria, discurso y ciudad en Leonardo Padura / 60
Ariel Camejo Vento

Miami: ciudad, inmigración, etnia y cambio social / 69
Guillermo J. Grenier

CONTROVERSIA

79 / ¿El brujo de la tribu?
Patrones culturales en las prácticas médicas
*Roberto Corral, Vladimir Lahens, Victoria Ribot,
Graham Sowa, Rafael Hernández*

ENTRETEMAS

91 / Los costos de la vida:
(re)pensar la ciudadanía para los ciudadanos
Ailynn Torres Santana

99 / Hacia la democracia directa:
los Consejos Comunales en Venezuela
José Manuel Rivas Otero

107 / Reflexionando sobre religión y política
Silvia Mancini

114 / Jean-Paul Sartre y el debate ideológico
sobre la Revolución cubana
Jorge González Arocha

121 / Un planteo económico
de la Guerra Civil estadounidense
Luis René Fernández Tabío

LECTURA SUCESIVA

130 / El estalinismo a debate
Fernando Rojas

136 / Entre la lealtad y la legitimidad:
liderazgos en la Revolución cubana
Daniel Salas González

140 / Propuestas para un presente-futuro
de la economía socialista cubana
Daniel Rafuls

146 / Otro extraño objeto del deseo. El análisis
sociocultural en la crítica de Rufo Caballero
Ángel Pérez

Cambios culturales y ciudad moderna: tres casos

Jorge Francisco Liernur
Profesor Emérito
Universidad Torcuato Di Tella. Argentina.

Un bello verso de William Wordsworth citado por Raymond Williams (1997: 182) devela el tema que subyace en el texto que habrá de leerse. En uno de los poemas del libro VII de *El preludio*, «Residencia en Londres», la metrópolis es descrita del siguiente modo:

*¡Oh, absoluta confusión! Signo no falso
de lo que la gran ciudad es en sí misma
para todos, excepto para algún rezagado aquí y allá,
para el enjambre entero de sus habitantes,
un mundo que los hombres no pueden discernir,
esclavos incansables de bajos impulsos
que viven dentro de la misma corriente perpetua
de objetos triviales, mezclados y reducidos a una sola
identidad,
entre los cuales las diferencias carecen
de ley, de sentido, de fin.*

A finales del siglo XVIII, el poeta anticipa los rasgos principales de la transformación urbana que será característica de la modernidad. Como lo sintetizara David Harvey,

el impulso de acumulación del capital ha ayudado a crear ciudades tan diversas como Los Ángeles, Edmonton, Atlanta y Boston, y transformado casi más allá de todo reconocimiento [...] ciudades antiguas como Atenas, Roma, París y Londres. Ha conducido igualmente a una búsqueda incansable de nuevas líneas de productos, nuevas tecnologías, nuevos estilos de vida, nuevas formas de trasladarse, nuevos lugares que colonizar; una infinita variedad de estrategias que reflejan un ilimitado ingenio humano para encontrar nuevas formas de obtener beneficio. El capitalismo, en resumen, siempre ha prosperado en la producción de diferencia. (Harvey, 2007: 137).

Expresión física del desbocado proceso de producción, distribución, cambio y consumo, orientado y guiado

por el crecimiento sin límites del capital, la metrópolis, o si se prefiere la ciudad moderna, está constituida, efectivamente, por «diferencias» o fragmentos en continuo proceso de creación y destrucción, cuya única vinculación entre sí está dada exclusivamente por su rol más o menos transitorio en aquel proceso.

La metrópolis es la sede de la economía monetaria, el lugar en el que se concentra la dinámica de continua destrucción innovadora que, como ha sido destacado por Berman (1978), de manera tan vibrante Carlos Marx y Federico Engels expresaran en el *Manifiesto Comunista*:

Este cambio continuo de los modos de producción, este incesante derrumbamiento de todo el sistema social, esta agitación y esta inseguridad perpetuas distinguen a la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales tradicionales y consolidadas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas, quedan rotas: las que las reemplazan caducan antes de haber podido cristalizar. Todo lo que era sólido y estable es destruido; todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres se ven forzados a considerar sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas con desilusión. (Marx y Engels, 1872: 30-1).

Gran máquina en el proceso de creación del capital, la ciudad moderna es asimismo el más poderoso instrumento de creación de esas «nuevas creencias» y, al menos hasta la contemporánea explosión de nuevas redes planetarias de comunicación en tiempo real, actúa además como el vehículo más eficiente para la distribución de bienes culturales, entre los que se mezclan nuevos hábitos y formas de construcción de consenso, con novedosos modos de comprensión de la realidad, constituida por los escombros/fragmentos de aquel «derrumbe», en apariencia dispersos «sin ley ni fin».

En este trabajo se presentan brevemente tres expresiones culturales engendradas por la ciudad moderna en la condición que venimos de describir. En el primer caso veremos la emergencia de la novela policial en el Londres victoriano como un mecanismo sublimado de articulación de esos fragmentos. En el segundo mostraremos cómo uno cualquiera de ellos —un cambio en la moda femenina— es solo la punta de una de las olas innumerables del océano siempre móvil del proceso de transformación. En el tercero examinaremos la aparición de un nuevo modelo de manipulación de la fragmentación —el montaje— y su influencia en una diversa aproximación a la modernidad misma.

No es ocioso aclarar que, en razón de las condiciones de la presente publicación, el ensayo no intenta presentarse como una investigación exhaustiva de cada uno de los temas analizados, sino apenas como una breve introducción, justificada —en el contexto del propósito del presente segmento monográfico de la revista— por la intención de mostrar el funcionamiento

de la metrópolis como ese poderoso instrumento cultural al que hemos hecho referencia.

La ciudad como amasijo de fragmentos inciertos: Londres y la formación de la novela de detectives

Londres no es la ciudad originaria de la ficción detectivesca ni mucho menos. Según las opiniones más difundidas, la primera narración moderna occidental de este tipo habría nacido de la inspiración de Edgar Allan Poe, con su «The Murders in the Rue Morgue» de 1841. Pero es en Londres donde fue creada la que es, sin lugar a dudas, la figura emblemática del género: Sherlock Holmes. La novela de detectives se presenta como un rompecabezas sin piezas previamente establecidas, para cuya resolución es el propio jugador el que tiene que descubrirlas: del mismo modo en que la gran ciudad moderna se nos propone como un inmenso conjunto de fragmentos aparentemente inconexos entre sí. Por eso, ante todo, la ciudad moderna es una metáfora del laberinto.

Lo sabemos: Londres fue la ciudad de mayor crecimiento en el siglo XIX. De 1801 a 1851 duplicó su población, al albergar 2 685 000 habitantes. En 1900, ese número se había más que duplicado nuevamente y los londinenses eran 6 586 000. Nunca antes se había visto un fenómeno de esa magnitud. Si de un lado a otro la ciudad se extendía a lo largo de ocho kilómetros a comienzos del XIX, cuando el siglo terminaba esa magnitud había alcanzado los veintisiete kilómetros.

En esa época Londres fue el destino deseado y conseguido por millones de inmigrantes, desde los pueblos de todo el Reino Unido, e incluso desde el este de Europa y Asia. El control de la identidad y la conducta de los habitantes había estado, hasta entonces, en manos de las pequeñas comunidades, y especialmente de la Iglesia. Pero con esos traslados, la masa de nuevos habitantes urbanos escapaba a la vez del control policial y del moral. Así como nadie sabía dónde terminaba Londres, nadie conocía tampoco el nombre de su vecino: el misterio celado en lo desconocido será el componente básico del género narrativo que estamos examinando.

Fiedling ya advertía su emergencia a finales del siglo XVIII:

Quienquiera que considere las ciudades de Londres y Westminster, con el reciente y vasto crecimiento de sus suburbios, la gran irregularidad de sus edificios, la inmensa cantidad de callejones y callejuelas, cuerdas y plazoletas secundarias, debe pensar que si se las hubiera construido con un propósito cierto de ocultamiento, no podrían haber sido mejor ideadas. (Citado en Williams, 2001: 192)

Y un siglo más tarde, comentando el trabajo de Dickens, Gissing confirmaría a «Londres como un lugar de miserable misterio y terror, de lo inexorablemente grotesco, de oscuridad laberíntica y de fantástica fascinación» (citado en Williams, 2001: 280).

Era ciertamente una ciudad con enormes áreas en las que reinaba ese «miserable misterio y terror». La encuesta Booth lo reveló, negro sobre blanco, en 1887: en el East Side había 314 000 pobres —35% de la población capitalina— y en toda la ciudad se contabilizaba un millón. Más inquietante aún era comprobar que algunos de los tremendos enclaves de esa miseria, a cuyos habitantes la propia encuesta calificaba como «extremadamente pobres» o incluso como «viciosos y criminales» se localizaban también en Marylebon, no lejos de Oxford Square, o a solo unos pocos centenares de metros de la City. Se trataba de «La ciudad de la noche espantosa» que descarnadamente había presentado James Thomson en su poema así titulado, publicado por primera vez en 1872 (Sugden, 2002).

En esos años, la noche comenzaba a hacerse protagonista de la vida urbana gracias a la extensión de la red de iluminación de gas, que en 1880 sumaba más de un millón de lámparas, y a partir de la instalación de lámparas de arco desde 1870. La literatura comenzaría a darles forma a los nuevos temas de ese protagonismo, y Le Gallienne (1895) escribirá: «Londres, Londres, nuestro deleite/ Gran flor que se abre solo de noche./ Gran ciudad del sol de medianoche/ cuyo día comienza cuando el día muere».

John Macneil Abbot Whistler pintó su inquietante «Londres nocturno» en 1875, y muchas otras obras como esa, suyas y de sus seguidores, sublimaron un nuevo tiempo abierto para la vida y para el delito. De esta manera, la oscuridad y la niebla en las calles de Londres se constituyeron en metáforas de la oscuridad y niebla social que caracterizaban a la ciudad.

Pero la niebla —el mundo lo supo más tarde— no era tal: en una carta al editor escrita en 1898, W. B. Richmond protestaba porque

esta casa está a cinco millas de Charing-Cross; pero un viento del este sopla todo el mugriento humo de Londres hacia aquí. En este momento (el mediodía), la atmósfera es más oscura que en muchas noches. No es de ningún modo niebla; es un pesado humo negro que está colgando sobre nosotros. (Citado en Clark, 2008: 7)

El detective creado por Conan Doyle no se mueve habitualmente en los barrios más desfavorecidos, pero nadie ignora que sus historias se desarrollan precisamente en esa atmósfera oscura e incierta, así como que sus personajes deambulan y se ocultan en el misterioso laberinto urbano.

Ahora bien, para resolver oficialmente esos misterios, la sociedad inglesa había creado, en 1829,

la Metropolitan Police of London (MPL). ¿Por qué a partir de 1886 la figura que conquistó a los lectores fue la de un detective privado?

Un estudio de Shpayer-Makov (2011) nos ayuda a responder esta pregunta. Scotland Yard, el cuerpo de detectives de la MPL, se creó en 1842, no sin resistencias por parte de sectores de la sociedad, que lo veían como una intrusión o un modo de espionaje que amenazaba las libertades privadas de las personas. La actividad de los detectives públicos se consolidó de todos modos, y en 1869 eran 2,3% de la MPL. Años más tarde (1878) la actividad adquirió la forma del Criminal Investigation Department. Pero Shpayer-Makov aporta una observación más interesante: en Inglaterra, la acción de los detectives privados precede a la de los agentes públicos y es parte de una larga tradición por la cual, antes de la creación de la MPL, eran las propias víctimas o sus deudos los que se encargaban de realizar y financiar la investigación del crimen. Ya desde el siglo XVIII, en torno al Bow Street Magistrate's Office, los llamados Bow Street Runner —un grupo de especialistas privados— se candidateaban y eran contratados privadamente, como profesionales de la investigación, por los afectados por el delito.

En 1888, una terrible serie de crímenes sin resolución asestó un fuerte golpe a la credibilidad en la eficiencia de Scotland Yard. Se trata de la saga cuyo sanguinario protagonista el público identificó con el nombre de «Jack el destripador». Los asesinatos tuvieron lugar al sureste de la City, en el distrito de Whitechapel, un enclave de miseria, prostitución y delito donde se hacinaban los inmigrantes irlandeses y también arrastraban sus vidas los judíos expulsados de Rusia por los *progroms* zaristas (Sugden, 2002).

Pero el éxito del personaje de Conan Doyle se comprende como consecuencia de un puente invisible entre ese sector pobre y los barrios que albergaban las nuevas residencias de los sectores medios, cada vez más alejados del centro, y en los que vivía 60% de los habitantes del Gran Londres. Una de las principales causas/consecuencias de esa monstruosa expansión de la ciudad fue la creación de un sistema de transporte urbano y suburbano de gran escala, estimulada por el Cheap Trains Act de 1883, que favorecía la construcción de líneas ferroviarias con precios baratos al alcance de los asalariados.

Según Jerry White (2008),

(en 1875) alrededor de ciento sesenta millones de viajes fueron realizados por gente que deseaba ir de una parte del área de Londres a otra. Hacia finales del siglo cerca de 84% de las principales líneas de tráfico ferroviario era suburbano.

La popularidad de Holmes creció de la mano de la expansión de *The Strand*, cuando las historias inventadas por Conan Doyle comenzaron a publicarse